

Conferencia III

INHIBICION Y DUDA EN LA NEUROSIS OBSESIVA.

*"No hay labor más larga que aquella que no se osa comenzar.
Se convierte en pesadilla."*

Ch. Baudelaire.

La fatiga del acto.

Voy a referirme en primer término a una cuestión muy cara a la neurosis en tanto obsesiva, como lo es *la inhibición*. Digamos que la problemática del obsesivo suele abrirse al juego de un análisis desde esa imposibilidad del Acto, propia de la inhibición. A ella se refieren nuestros analizantes tal como si se tratase de un síntoma, al que no puede colocársele el valor necesario (S_2) que permita elevarlo al rango psíquico de una interpretación. Mejor diría que tal parálisis introduce de hecho cierta precariedad en el orden de la metafóricación. La detención significativa está en el origen de toda inhibición. Esta representa al sujeto sólo en el punto de Alienación. Recordemos que el advenimiento de un otro Significante, libra al sujeto de ese efecto mortífero que genera la sujeción. Restricción funcional del Sujeto más que del Yo.

Por qué no pensar que ese aspecto de *ya muerto* que caracteriza al obsesivo, está dado por la imposibilidad de *separación*, que en tanto *muerte del Sí mismo*, el Acto introduce, haciendo del Deseo la pequeña Verdad que se juega en toda representación.

Obvia decirlo, disponer de un deseo libra al Sujeto de ese congelamiento narcisístico que Freud adjudica a la masturbación. Sabemos que él la situaba como causa principal de toda inhibición.

Cuando nos referimos a ese primer tiempo, propio de la alienación no nos apartamos de esa figura que se pliega sobre sí misma en la búsqueda de un Goce que invalida toda auténtica acción. El narcisismo se opone al Acto y a las consecuencias que se derivan de su inscripción.

El Obsesivo arma con el Otro un punto de comunión. *Ser Uno con el Otro*, lo protege, mediante esta *dominancia imaginaria del síntoma* de separarse del Falo, no soportando

que al destaponarse el agujero en el Otro, quede anunciada, más que la posibilidad existencial de la muerte (imaginario del obsesivo) la función ordenadora de la Privación.

Función ordenadora de la Privación que el obsesivo registra siempre como imposibilidad o como inadecuación.

Si bien la estructura misma de los fundamentos del deseo, da siempre una nota de imposibilidad al objeto del deseo, aquello que caracteriza al obsesivo es el acento que pone en esta imposibilidad, hace que el objeto de su deseo tome valor de Significante de esta imposibilidad.

La inhibición, dice no tanto de aquello que en general aqueja al obsesivo por el lado de la astenia o la inmovilidad, cuanto declara del temor afanístico que le produce desear.

Más adelante veremos cómo esta desconsideración al deseo se expresa en la emergencia propia del síntoma, que ya dispuesto en análisis él prefiere no entregar.

Digamos aunque sólo sea de paso, que las fantasías perversas son, respecto del deseo siempre imposible, su modo casi ridículo de estar. Espía al deseo de un "otro", que resulta a su modo de ver, siempre fenomenal. Un otro a quien supone más allá de la angustia que su inhibición prefiere evitar. Otro que el neurótico mediante este artificio intenta asegurar.

Agrego aquí otra idea tangencial: la aparición de la angustia, junto con la del síntoma son, en el análisis de la neurosis obsesiva, índices válidos que ningún pretendido refuerzo del Yo debe enturbiar. Puntos de histerización en transferencia que abren la posibilidad de analizar. No olvidemos que la angustia y el síntoma en transferencia, por las particulares condiciones de funcionamiento del dispositivo analítico se pueden dosificar. No es asunto de analista disfrutar del síntoma o de la angustia. De esto por otra parte se quejará el obsesivo cuando estima en su analista un disfrute socarrón respecto de su malestar. De esto diría hay que cuidarse bastante para no ser allí el "Otro maligno" y gozador en el que el obsesivo nos suele implicar. Pero continuemos con la inhibición, esa suerte de fatiga del Acto, que parodiando a Barthes y en relación al síntoma podríamos llamar "Lo que no responde" a lo que no funciona. Suerte de mutismo frente a lo Real.

La inhibición no alcanza a formularse aún como *impedimento*, se ofrece al analista como una suerte de complacencia. Esto no quiere decir que el obsesivo no expresa su queja, ni ahonda en los supuestos motivos que tanto lo afectan. El más bien está allí para hacer "buena letra" esperando del Otro recapacitación y condescendencia. El sujeto por el lado de la inhibición suele aparecer como observado, en el doble sentido que adquiere esa connotación de observación. Objeto de la mirada observante del Otro, que supone goza escópicamente de su detención.

La detención es la cárcel por donde se pasea y no es seguro que quiera saber las razones por lo que se le condena. La apelación al Otro es sólo una manera de hacer más soportable su Espera. Sabemos que el análisis puede resultarle una cadena perpetua. Querría una adaptación activa a la realidad aunque su deseo perezca. Como se verá entonces, resolver la inhibición desde las causas imaginarias que las generan, llevaría al analista a la función de Guardián de esa Espera. Si la inhibición, nos dice Lacan, es un

síntoma puesto en el museo, es por su imposibilidad dialéctica. Signo de una Verdad que se lleva a cuestras y que sólo podrá alivianarse en esa trascendental entrega que implica la transferencia. Es sólo mediante ésta como podrá convertirse la inhibición en síntoma y la Verdad en un "decir a medidas". No quiero decir con eso que la inhibición no diga de ella de esta manera, pero intuyo que más que "mediodecirle", la falsea, más que portarla en su discurso, la hombra, más que destacarla en su detención, la trampea.

Preservación imaginaria del Falo, que somete al agobio del temor del estar allí para que eso no se pierda.

La inhibición resguarda; el síntoma, eleva, saca podríamos decir al Falo del museo.

Si es condición del síntoma analítico el desarrollarse bajo transferencia, en relación a la inhibición la cuestión no es ésta. La inhibición se resiste al desplazamiento propio de la transferencia, ¿será que solo acumula, condensa? Conjeturo que la inhibición es una redundancia metafórica, una suerte de duplicación metafórica de lo mismo. Un achatamiento del concepto de metáfora.

Cristalización de una escena cuyo objeto es el Yo que piensa, reflexiona, y en el saber paralítico se regodea.

Posición de inválido que el Yo instrumenta esperando de un Amo la causa que lo mueva. Atender por ello al lagrimeo hipócrita del Yo, obliga necesariamente a la restitución imaginaria de su potencia.

Impulsar la inhibición al sitio deseoso del síntoma implica recibir al Sujeto dividido por un Real imposible, que tiene al Falo como Significante de la carencia.

Doble función del síntoma que reconoce en su origen la bipartición significativa que le impide significarse a sí mismo o ser para alguien un puro signo.

Apertura al Otro, lugar del inconsciente de quien el Sujeto recibe un valor no inmediatamente decidible, que arranca a la inhibición su seguridad hasta ponerla en DUDA.

Del grano en la conciencia a la duda en transferencia

No se piense que hacemos del Dudar obsesivo la resolución de la cura, sencillamente nos referimos a la función de Sujeto que ésta tiene en la estructura.

Si la duda es el síntoma privilegiado de la obsesión, es porque ella introduce la vacilación propia de la alternancia, posición del Falo Simbólico como barra.

Es la falta en el Otro quien del lado del Sujeto se traza. Pérdidas de las garantías, Amor al Padre que se deshilacha. Conmoción del pensamiento, saber puesto en falta. Versión positiva del síntoma, en la medida en que revela el lugar del sujeto en el Fantasma.

No se tratará entonces de curar la Duda; tampoco nos ocuparemos de fomentarla. La interrogaremos allí, en el límite en el que como protección frente a la angustia fracasa. Si bien la duda puede construirse como argumento de solidez frente a la posible irrupción de la angustia, en un punto siempre falla, de allí que el sujeto obsesivo tomado por la duda, nos exprese también su angustia bajo la forma de un "esto o aquello" al que el vel alienante lo consagra.

No nos referimos entonces a una Duda civilizada, acomodada. Nada hay creemos en esto que lleve a suponer el aval de un síntoma que pueda no decir nada.

Desconsiderar la Duda o pretenderla solamente como coartada, equivale a esperar que la Verdad del Sujeto se diga de manera clara, meridiana. Afán obsesivo que hace de la Verdad sustancia. Creencia sostenida en el discurso universitario que soporta mal esa errancia.

Doble cara entonces de todo síntoma, que respecto de ella (la Verdad) la dice y la calla.

Al no haber un Otro del Otro que pueda asegurarla mediante el cavilar obsesivo, la Verdad no deja de ponerse en causa.

Escuchar entonces en la duda obsesiva ese sesgo de alternancia que imprime en su funcionamiento el Significante en su dimensión binaria (S_2), también puede querer decir, que ese significante pretendidamente Amo (S_1) no alcanza.

Reconozcamos que si bien la Duda comporta en relación al esperado Otro del Otro, cierta esperanza, la interpretación analítica está destinada a desalentarla. La Duda no se resuelve en el S.s.S., la Duda se resuelve en la caída del supuesto Saber. Momento en que la garantía puesta en el Otro se desengarza. Reiteremos entonces, que en transferencia la Duda obsesiva *trabaja*.

Bien otro es el camino veremos, cuando fuera del dispositivo analítico ésta se desplaza sin preguntarle al Sujeto por el deseo que lo causa.

No toda Duda es entonces analíticamente necesaria, ni toda Duda encuentra en sí misma respecto de la transferencia su carácter de suficiencia. En fin, no toda Duda es freudiana. Aunque no pueda pensarse ésta fuera del andamiaje Significante que la sustenta, sin la regulación programada que introduce al analista con su presencia la Duda resulta sólo un grano en la conciencia. Una Verdad abortada.

En relación a la Duda se tratará entonces nos dice Daniel Sibony, "de rendir cuenta del vértigo febril, al mismo tiempo que esta nota de indiferencia básica que conlleva, de rendir cuenta del status tan particular del Significante el cual, sin estar ausente, se revela sin embargo impracticable y como en impasse".

Es tiempo entonces de situar a la Duda en relación a la Espera. ¿Pero, de qué se tratará esta *demora*, esta obsesión por la espera?

A esto el obsesivo lo llama Prudencia. Meticuloso en su andar, cavila tanto la pregunta como la respuesta, no soporta que su pensamiento deje una idea suelta. "Atar cabos" define a su claridad medianera.

El Otro a su hora le ofrecerá los signos de una Verdad entera, donde leer su deseo sin el riesgo de una opción que lo deje por fuera. El vel alienante se resuelve imaginariamente mediante el "saber hacer" que él supone en un otro. Un otro del saber qué hacer con lo que a él le pasa, con aquello que anhela. A la alienante alternativa de la bolsa o la vida el obsesivo suele responder haciendo bolsa su vida. Y como dudar no cuesta nada, lo mejor será suspender su deseo hasta una ocasión más certera. Nada quiere saber de un Acto que no admite segundas vueltas y de un deseo que no espera.

Pero cuidado, no le pidamos una comprensión del Acto, porque es a ésta a la que

se aferra. Es en el análisis del obsesivo, tal vez, donde se hace más entendible, que el Acto es tiempo de concluir en la transferencia.

Confundir la función lógica de la prisa con la premura Imaginaria de la realización de algún aparente Acto, podrá sacar provisoriamente al neurótico de la Duda, pero esto no afectará la represión del Significante que la capitaliza.

Digamos que ciertas Dudas obsesivas suelen "resolverse" en acting out, apoyados en el furor de la transferencia o en el fragor del champagne.

La inhibición podrá darse a ver nuevamente en el momento en el que para el Sujeto la consecuencia de esta acción no se legaliza. Bien podríamos definir estos movimientos como resolución maniaca.

Sorteo imaginario de la prosternación al que su fantasma de eternización del Acto -demanda del Otro mediante-, lo solicita

Versión heroica del Acto, que deja como resultado la insatisfacción propia de quien en atención a un mandato se precipita. Entendemos entonces que un Acto no es obediencia debida. Un síntoma como tal, rico en ambigüedades, no puede ser truncado por un mero acto de la voluntad.

Es tal vez responsabilidad del análisis que la cobardía que genera la Duda no se transforme en el hacer impostado impuesto desde la valentía adjudicada a cierto ideal. La valentía obsesiva no es más que la otra cara de su dudar.

El advenimiento propio de un deseo que se atreva a decir su nombre, no es causa imaginaria de ningún ideal, es del reconocimiento de la falta en el Otro por donde el Sujeto obtiene la singularidad de una causa que a nivel del fantasma llamamos: objeto "a". Es allí entonces, donde podrá leerse la originalidad de su falta al mismo tiempo que los nombres del objeto "a". Los nombres del objeto "a" otorgan al Sujeto su singularidad, su propiedad (S). Este es el secreto de un análisis, el nombre que para cada Sujeto porta el objeto "a". La Duda será en esta perspectiva la vía de ingreso, como así también la tranca que impide avanzar.

Atravesar el fantasma no será entonces una gesta heroica que obtenga como recompensa el llamado amor genital.

Atravesar el fantasma, aún con las dudas propias de cada oportunidad, será tolerar el deseo más allá del Otro en una "lúcida soledad".

Caida de la hora del Otro, que hace del sujeto único responsable de su andar.

¿Pero qué querrá decir aquí, en el marco de una ética analítica esta cuestión de la Responsabilidad?

Tratemos en primera instancia de no connotar moralmente este término, para pensar luego en el contexto analítico de qué manera hacerlo rentar.

Considero que el neurótico, más allá de su diferencia estructural "se lava las manos", o se hace el tonto a la hora de la verdad.

La Duda será entonces sólo excusa para no optar. Consistencia Imaginaria del Otro, preservada en la reiteración del Dudar. Elegir incomoda tanto, como incomoda restar.

No creo que la cobardía frente al deseo dé como resultado la irresponsabilidad, me inclino a pensar en la chatura como consecuencia de ese no querer ir más allá.

Aferrarse a la Duda, ¡qué paradoja! será ya ni siquiera poder dudar.

Resolución conformista, adaptación obsesiva a la realidad. Digamos como para terminar, que la *traición*, la *chatura*, la *cobardía* y la *canallada*, son terminales de la duda que un análisis no ha logrado afectar.

Que no vaya en esto ni una ética de lo heroico ni una ética de la imposibilidad.